

las de civismo, salvo tal vez el viejo partido socialista de Juan B. Justo, de influencia limitada y hoy prácticamente desaparecido. Por el contrario, el radicalismo histórico rechazó cualquier contenido programático que fuera más allá de las generalizaciones retóricas. Las nebulosidades krausistas de Yrigoyen no daban para más.

En cuanto a la ideologización total del peronismo histórico, estaba además la idolización de los dos líderes, que defendían como principios sagrados posiciones cambiantes según la táctica del momento, en el más típico estilo totalitario. Tampoco contribuyeron a la formación de una ciudadanía consciente y responsable instituciones como la universidad, la prensa, los sindicatos, salvo en algunos breves períodos y con excepción de algunos casos individuales. Estas instituciones estuvieron sujetas a los avatares de la ilegitimidad del poder, a la presión de las corporaciones, a la censura, a la persecución ideológica y, a veces, también al oportunismo.

Alfonsín debió enfrentar una tarea que su propio partido no fue capaz de llevar a cabo en 1916; la indigencia en la que se encontró era el resultado de la incapacidad de sus abuelos. Debió encarar tardíamente las tareas de un partido liberal democrático de principios de siglo, la formación de una sociedad civil y laica, independiente del poder de las corporaciones clericales y militares, lo que le valió el hostigamiento permanente de ambas.

A Menem, por su parte, por una de esas ironías en que suele complacerse la historia, le tocó la paradójica faena de destruir hasta no dejar un solo ladrillo todo lo que el peronismo clásico representaba y, además, hacerlo en nombre del peronismo.

El alfonsinismo y el menemismo, a pesar de sus diferencias, exageradas por ambos por razones de competencia, tienen muchos puntos en común, como antes lo tuvieron el yrigoyenismo y el peronismo.

En el plano económico fue Alfonsín quien en el discurso de Parque Norte de 1985 instalaba los temas de la modernización, del agotamiento del populismo, del fin del Estado prebendario. Fue el teórico de los cambios que, por falta de tiempo y de poder político, no pudo realizar, dejándole esa tarea a Menem. El programa económico de Sourrouille no fue al fin sino el borrador, el preámbulo, el preanuncio del programa implementado por Cavallo. Las privatizaciones intentadas por Terragno permitieron después a Menem llevarlas a cabo sin provocar escándalo. Con las mismas palabras con que la oposición peronista atacaba el programa de Sourrouille y Terragno, fue atacado por los radicales el programa de Menem y Cavallo. Paradójicamente el justicialismo, ayer desde la oposición, acusaba al gobierno radical por los mismos males de los que sería acusado después

por el radicalismo, hasta con las mismas palabras, en una sustitución de papeles que parece extraída de un cuento de Borges.

Ambos, Alfonsín y Menem, por añadidura, realizaron ese programa económico contra sus propios pasados políticos y con la resistencia de sus respectivos partidos.

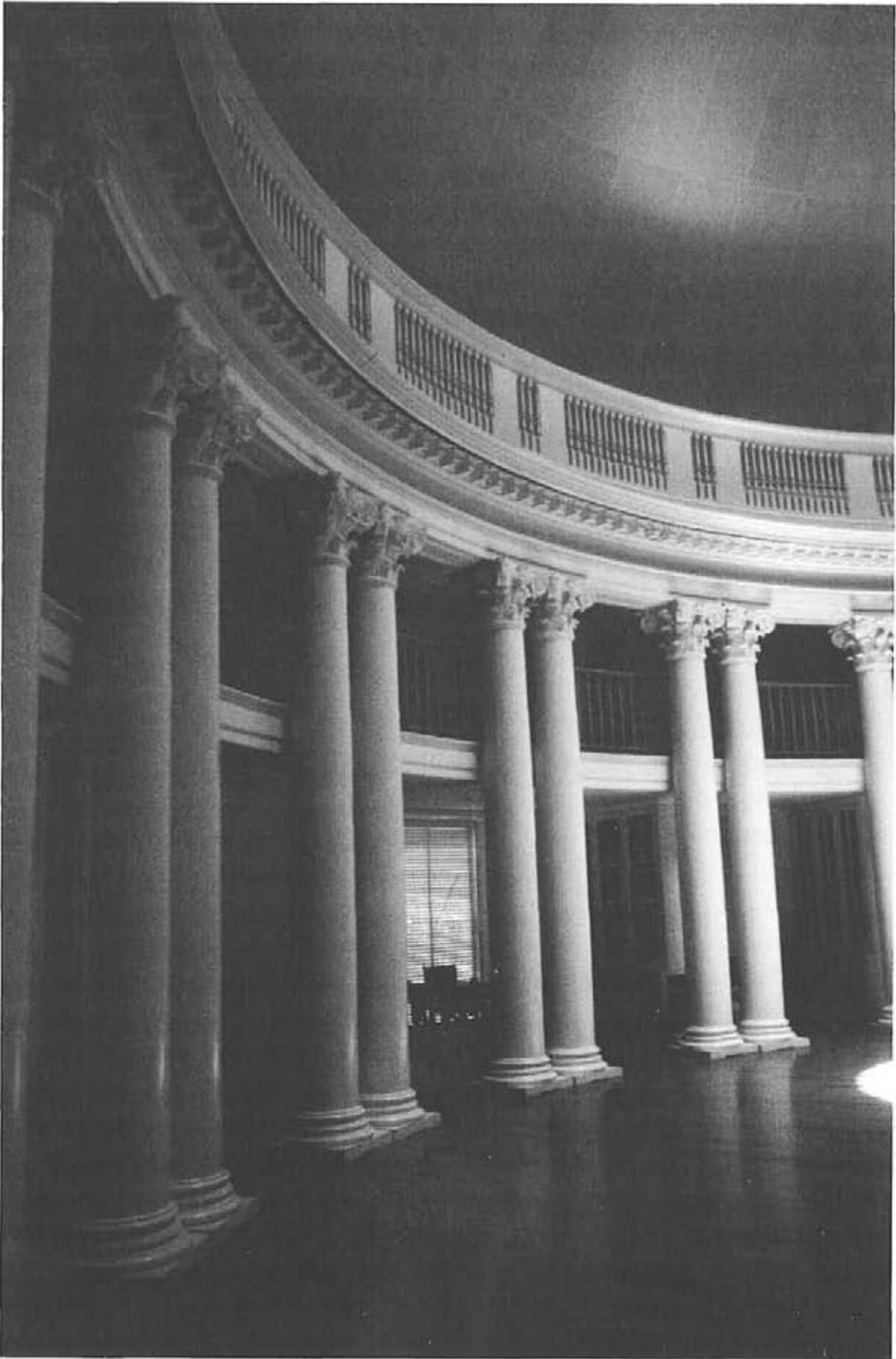
El enfrentamiento a las corporaciones, fue otra área que debieron encarar Alfonsín y Menem. La subordinación de las fuerzas armadas al poder civil fue comenzada por Alfonsín con el juicio a los comandantes y el enfrentamiento civil a los intentos de golpe. Menem la continuó reduciendo drásticamente el presupuesto militar, desmantelando el complejo industrial-militar, base de la alianza del ejército con empresarios y sindicalistas, y terminando con el servicio militar obligatorio. El ejército perdió con el servicio militar un instrumento de manipulación de la juventud, de adoctrinamiento en el nacionalismo, el autoritarismo, la autoglorificación y la humillación de la sociedad civil.

La principal carencia de la transición a la democracia es que el debilitamiento de las corporaciones no fue compensado por la reforma del Estado y el fortalecimiento del sistema de partidos capaz de sustituir al tradicional caudillismo. Por el contrario, tanto Alfonsín como Menem, frente a la crisis de sus respectivos partidos, a la que en parte contribuyeron con su personalismo, se comportaron también en esto de manera parecida. Tanto Alfonsín cuando era gobierno como Menem tienden a dejar en un segundo plano a sus respectivos partidos desgarrados por internas feroces y contradicciones insolubles. Procuraron por igual dar mayor preponderancia al Poder Ejecutivo y pasar frecuentemente por alto a sus propios representantes parlamentarios, gobernando por decreto o tomando con el mayor sigilo las más importantes decisiones políticas y, sobre todo, económicas. Alfonsín no menos que Menem, tuvo sueños hegemónicos y también tuvo su intento frustrado de reforma constitucional girando alrededor del tema de la reelección presidencial.

La supervivencia del personalismo por sobre las instituciones no significa que nada haya cambiado; no puede hablarse de liderazgos carismáticos en gobernantes cuyo índice de popularidad cambia cada nueva encuesta. Aunque todavía Alfonsín tuvo algún amague de liderazgo carismático, con concentraciones en la Plaza de Mayo y proyecto del «tercer movimiento histórico», se quedó en mitad de camino. Menem ni siquiera salió al balcón. Que Alfonsín no haya sido otro Yrigoyen ni Menem otro Perón es un avance para la democracia, un signo de la secularización de la vida política, de la muerte de la política como religión y de los conductores políticos como profetas mesiánicos. El desapasionamiento de la ciudadanía por la

política, que es vista como indiferentismo o despolitización, aunque algo de eso puede haber, es también un síntoma, por cierto saludable, de racionalidad, de superación del fanatismo que era un factor constante de la era autoritaria. La desaparición del líder carismático es simétrica a la del interlocutor del mismo y sujeto del movimientismo, el pueblo considerado como una unidad homogénea, como una entidad ontológica supraindividual. El espacio central de la vida política ya no es la plaza, donde se establecía una relación inmediata, un diálogo ficticio entre el líder y la masa. El pueblo se fragmentó en una serie de sectores heterogéneos con sus propios intereses, en una multiplicidad polifacética de grupos humanos imposibles de integrar en una unidad monolítica.

En oposición a la concepción organicista y holista de la sociedad autoritaria en la que las partes están subordinadas al todo, la política democrática moderna se basa en la interrelación social entre los individuos, cuyos vínculos no son orgánicos sino contractuales. La unidad nacional y la armonía de clases, no es más que un mito autoritario y totalitario, la forma insuperable de las relaciones humanas es el conflicto, la contradicción y su resolución no es la armonía sino apenas el equilibrio inestable. O, como decía Kant, «la insociabilidad sociable». Porque no persigue la quimera de la sociedad como unidad y totalidad, y sólo aspira a establecer las reglas del juego que sustituyen la violencia por el acuerdo, la democracia es el sistema político que más se adecua a la imperfecta realidad humana.



Jefferson: Biblioteca de la Universidad de Virginia